

Historia de una sustitución I ~ Barrabás

(Pascua 2013)



Jerusalén / Fortaleza Antonia / Año 46: Simón, hermano mío, deja ya de mirar, desesperado, nuestros “patibulum”(1) y acércate para que te pueda contar una historia antes de morir. Ya sé que ahora no tienes ganas de historias, pero ésta me aconteció a mí, y estoy seguro de que te sentará tan bien escucharla como a mí desahogarla, pues nunca se la he contado a nadie. ¡Anda, ven!, hazlo por mí. Siéntate aquí y no me interrumpas... Por aquellos días estaba en este mismo calabozo en que ahora estamos, con dos compañeros de milicia, Gestas y Dimas, esperando a ser crucificados por el asesinato del alto magistrado de Séforis(2) que envió a la cruz a nuestro padre, Judas de Gamala(3), tras el asalto a la guarnición romana de aquella ciudad, durante la revuelta judía contra el censo de Quirino.

A través del sucio ventanuco enrejado podíamos ver, frente a nosotros, como tú ahora, nuestros “patibulum” apoyados contra la pared, como un recordatorio de lo que nos esperaba -el mío era el del centro-, mientras desfílaban ante nosotros, vacías de contenido, nuestras últimas horas. Comencé a pensar en los compañeros de armas que habían dado sus vidas por la causa judía antes que nosotros, cuando me vino a la cabeza la cara del viejo Simón, al que apodábamos “El Zelota”, pues, a pesar de serlo todos nosotros, él había estado en el origen de nuestra secta, junto con mi padre y Zadoq “El Fariseo”, sus fundadores principales, y tenía a gala el serlo más que ningún otro, hasta que desertó.

Después de muchas idas y venidas, el muy bribón, decidió dejar la lucha armada, pues afirmaba haber encontrado un medio mejor de liberar al pueblo. Se volvió pacifista y se puso al servicio de un Rabí galileo, con porte de rey, a quien todos llamaban “Hijo de David”; un tipo que se denominaba a sí mismo “El Hijo” y que afirmaba ser el “Elegido”, el “Esperado de los tiempos”, el “Mesías de Dios”, y que ofrecía una liberación que pasaba por ser mansos y sencillos, por amar y perdonar a los enemigos y ponerles la otra mejilla. ¡Con un mesías así, íbamos a tener romanos para rato!

Aquel día, seguí a Simón “El Desertor” hasta donde Él se encontraba, rodeado de una gran multitud de todo tipo de gentes, especialmente humildes –no me extraña que Simón quedara deslumbrado por su número-, y pude escucharle por mí mismo; decía algo así como: «El Hijo no hace nada por sí mismo, como no lo vea hacer al Padre; todo lo que hace el Padre lo hace el Hijo. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, el “Hijo del hombre” da vida a los que quiere, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace, y le mostrará obras mayores que ésta para vuestro asombro, pues el Padre esta en mí y Yo en el Padre». ¡Caray! Yo me hacía llamar Bar-Abba (El “hijo de mi padre”) para no usar abiertamente el apellido Gamala, pues todos sabían a quién me refería, pero, en verdad te digo, Simón, que aquel hombre merecía más que yo tal apodo, pues ¡no paraba de nombrar a su Padre para todo!

Yo estaba realmente intrigado: ¿Quién podría ser el Padre de semejante “Hijo”? Iba a preguntárselo a uno, cuando se lo escuche decir a El mismo: «Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios” y, en verdad, en verdad os digo, que tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único para que el mundo se salve por El y no perezca ninguno de los que creen en El, sino que tengan vida eterna». ¡Fiuu!... salvar al mundo... resucitar muertos, como su Padre... vida eterna... todo aquello era como decir que el Padre y El eran la misma cosa, que El no sólo era el “Hijo de Dios”, como afirmaba gratuitamente, sino... casi, casi... Dios mismo hecho hombre. ¡Pobre iluso!... El y el viejo Simón iban a tener muchos problemas con las autoridades religiosas si continuaba hablando así.

Por último, le oí decir: «Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres, pues si el Hijo, que ha visto obrar al Padre, os hace libres, seréis realmente libres. Sin embargo, vosotros sois esclavos del pecado, pues hacéis como vuestro padre...». ¡No quise escuchar más! ¿Tanta sangre vertida por la liberación del pueblo judío, incluida la de nuestro padre, y aquel hombre se atrevía a afirmar que nuestros padres nos habían hecho esclavos, mientras que El, con tres discursos escuchados a su Padre y su fantástica Verdad, pretendía ser el único que nos podía liberar? Salí de allí decidido a que todo el mundo supiera que Judas de Gamala seguía vivo en su primogénito: Juan de Gamala, y que éste culminaría la obra de liberación iniciada por su padre.



Aún estaba en estas reflexiones cuando varios centinelas irrumpieron en nuestra celda y, aprovechando nuestra sorpresa y confusión, nos separaron unos de otros como si fuéramos ganado, para sacarnos al patio uno por uno e irnos cargando el leño de castigo sobre los hombros, atándonos fuertemente a él. Después, encorvados bajo su peso, fuimos puestos en fila y atados por el tobillo, cada uno con el siguiente, para hacer un cordón, y, por último, nos dejaron al sol hasta que dieran la orden de salida a la comitiva de castigo. Llevábamos así un buen rato, cuando llego un correo para el jefe del pelotón de ejecución, que maldijo ostensiblemente la contraorden contenida en el rollo que le habían entregado y, entre aspavientos, ladró una orden a dos de los soldados, que soltaron mi tobillo y me sacaron de la formación con las conteras de sus lanzas, para tirarme al suelo y, una vez allí, me liberaron del “patibulum” y, a golpes, me obligaron a levantarme y a seguirles, entrando a empellones en las entrañas de “La Antonia”(4).

Cuando salí de la oscuridad de los calabozos a la luz del día y llegué enceguecido a la presencia del gobernador Pilato, pude ver, de pie a su lado, una figura ligeramente encorvada que brillaba sobremanera, en un color rojo brillante, bajo el sol del mediodía. Aquella visión me sobrecogió. ¿Qué haría un Ángel del Señor al lado de un romano como aquél? La sola idea me revolvía el alma. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, pude ver que aquella figura luminosa era, en realidad, un hombre, un hombre al que yo conocía: mi contrapartida pacífica, aquel Mesías galileo que me hacía la competencia y se quedaba con mis hombres; le habían convertido en una pura llaga y estaba todo El bañado en su propia sangre. Sentí repulsión por lo que veía y odio por la brutalidad de aquellos despiadados romanos...

Entonces caí en la cuenta de algo. No sé si el gobernador romano era consciente de ello, pero allí estaban expuestos, como en un escaparate de feria, el “mesianismo espiritual” representado por aquel Rabí galileo y el “mesianismo político y armado”, representado por mí, el judío zelota a quien llamaban “Bar-Abba” (el “hijo de mi padre”); para bien o para mal, ambos hicimos lo que habíamos oído que hacían nuestros padres. Por último, el charlatán de aquella feria no podía ser otro que el propio Pilato, que, apenas llegué, comenzó un asqueroso mercado donde los dos mesianismos fueron ofrecidos en puja al mejor postor. Pilato no era imparcial y apostaba por el Nazareno, pero ¿tendría la última palabra? ¿Cuál sería el mesías elegido por el pueblo? ¿Qué mesianismo triunfaría? ¿Cuál sería desechado?

Yo sabía que los bandos fariseo y zelota, allí presentes, no dejarían de corear mi nombre, en atención a mi padre y a lo que yo simbolizaba para ellos; y después estaban los herodianos y la gente del Templo, con su tesoro invertido en acallar conciencias y unificar voluntades, los cuales no estaban directamente en favor mío, pero sí abiertamente en contra de aquel Rabí galileo, cuyos seguidores habían huido. ¡Mal lo tenía aquel hombre! Finalmente, la genial ocurrencia del gobernador Pilato no funcionó como él esperaba: Yo quedé libre por aclamación popular y aquel desdichado al que pretendía liberar, estrepitosamente despreciado y... crucificado en mi lugar. Y, con la cabeza gacha y las manos húmedas, agarradas a una toalla, el muy cobarde se desentendió de todo, dejando a aquel hombre lacerado y a su suerte... ¡Y una suerte de cruz!

A empujones, aquel Galileo ocupó mi lugar, tanto en el cordón de ajusticiados como en el Calvario, llevando en mi lugar “el patibulum” que me habían asignado. En aquellos momentos, la alegría de verme libre para seguir con mis pretensiones mesiánicas no me dejó ver la esencia de lo ocurrido: Que El cargó con mi cruz, con mi culpa, con mi castigo y mi condena y que fue crucificado en mi lugar, mientras que yo quedaba libre en su lugar. ¡Su condena por mi liberación, su muerte por mi vida! Había habido una elección popular de por medio, lo sé, pero, a fin de cuentas, aquello había sido ¡una sustitución en toda regla!

P. Juan José Cepedano Flórez CMM.

+ Madrid, 11 de Abril de 2013.

- 1 Brazo horizontal de la cruz, que era cargado por el reo hasta el lugar del suplicio, donde le esperaba la “stipes” o palo vertical, clavado en el terreno, en que aquél se encastraba.*
- 2 Ciudad muy próspera y antigua capital de Galilea, situada a 8 kms. de Nazaret y conocida como “Adorno de toda Galilea”, que se levantó contra Roma con Jehudá ben Ezequías, cuando el censo de Quirino, y que fue arrasada por los romanos, quienes vendieron como esclavos o crucificaron por miles, a las puertas de Jerusalén, a todos los supervivientes de la masacre.*
- 3 Activista mesiánico judío, fundador de la secta beligerante de los zelotas y responsable del levantamiento de Séforis, tras el cuál murió crucificado.*
- 4 Nombre de la fortaleza romana que invadía uno de los ángulos del recinto del Templo de Jerusalén.*



Fotografía para el recuerdo



Esta fotografía, correspondiente al año 1991, está tomada en el Zaguán del Ayuntamiento. En ella se ve a un grupo de cofrades en el espacio en el que se estaba celebrando el concurso de maquetas del que posteriormente saldría elegida la imagen del Cristo Yacente de la Misericordia.

